

ULTIMA NOTICIA

de guillermo arriaga

Premio Joven Creación 1979



PERSONAJES:

David Castrejón	Kaliman
Cristina	Martínez
Ernesto	Señorita Gómez
Carlos	Hidalgo
Capitán Godínez	

La acción transcurre en Costa Rica y parte en Nicaragua, durante los últimos meses de 1979.

I CUADRO:

APARTAMENTO DE DAVID CASTREJON. 1978:

(Una sala en primer plano, revuelta y desordenada. Colchones en el suelo, revistas desparramadas y un pequeño mueble de bar muy bien provisto de material volátil. A la izquierda del escenario, una mesa de comedor; sobre la misma se puede llegar a vislumbrar una bandeja con vasos y botellas de diversos licores al igual que una serie de platos con diversos bocadillos. Al lado opuesto del comedor se aprecia un escritorio antiguo, una máquina de escribir pasada de moda y sobre la mesa una montaña de suplementos sobresale junto con una lámpara de noche. Al fondo de la sala puede mirarse una biblioteca ordenada y al extremo del foro se ve una puerta que señala el camino a la cocina y a los dormitorios. Hay una ventana sobre la pared lateral que simula una vista exterior. Sobre la pared del comedor luce una bella escopeta de cacería. En el bar se pueden apreciar señas de fiesta, tales como vasos usados, cierta suciedad, sillas esparcidas, etcétera.)

I ESCENA:

(Se escuchan risas en off que provienen de la cocina.)

Voz de Ernesto.— ¡Sos una vieja de veinticuatro años!, Tenés el trasero arrugado por estar sentada demasiado tiempo. ¡Vive, Cristina!, ¡Vive!

II ESCENA:

(Aparece Ernesto y seguidamente los dos siguientes personajes: David y Cristina. El primero aparenta ser un hombre maduro cercano a los cincuenta años. Luce un tanto maltrecho. Con la corbata colgada como una soga de ahorcado, sin zapatos y con el pantalón manchado. David, mientras tanto, luce sin camisa, con los pies descalzos, el pelo hecho un enjambre y al igual que el primer personaje puede calcularse su edad entre cuarenta y cinco y cincuenta años.

Sin embargo, es de mayor contextura y su cabello luce bastante blanco comparando el suyo con el de Ernesto. Ambos personajes están azotados por un delicioso estado de ebriedad al igual que Cristina, quien es mucho más joven y su estado sin embargo, es igual de desastroso: pies descalzos, pantalón de mezclilla y una preciosa camisa guatemalteca de colores brillantes. Lleva una hielera en la mano y un vaso vacío en la otra.)

David.— (caminando al ventanal). — ¡Todos fuimos soñadores a los veinticuatro años!

(Cristina camina al bar y prepara dos tragos con el hielo de la hielera.)

Cristina.— ¡Qué necios que son!, si no fueran tan calculadores...

Ernesto.— (se acomoda en el sofá y se extiende de lo lindo).— Yo calculo de lo lindo, carajilla. No he perdido la cuenta, ¡no señor! Llevo nueve whiskies con sesenta céntimos.

David.— (se pasea por el comedor).— Yo tengo cinco dedos en una mano cinco en la otra y para mañana voy a seguir teniendo cinco en una, cinco en la otra y ocho en una máquina de escribir.

(Cristina termina los tragos y los sirve a sus respectivos dueños.)

Ernesto.— (toma su trago).— ¡Tac!, ¡Tac!, ¡tac!, ¡tac!...

Cristina.— (imitando los sonidos de una máquina de escribir).— ¡Triqui—traque!, ¡traca—troque!

David.— (molesto).— ¡Dios mío!, ¡qué aburrición!

Ernesto.— (alza su copa).— ¡Brindo por eso!

Cristina.— ¡Brindemos por la rutina del ¡Triqui—traque...!

David.— (se tira en el suelo y fabrica una cama con los colchones.)— ¡Las oficinas, las puertas, el techo, el triqui—traque! ¡Brindo por esa rutina que nos ha proporcionado estos whiskies!

Ernesto.— (alegre).— ¡Yo también, carajo!
(Cristina se acerca a la escopeta y le echa un vistazo. Hay una pausa larga. David le mira.)

David.— ¿Y vos, Cristina?, ¿Brindás por la escopeta...?

Cristina.— Yo brindo... (se acerca a David y se acomoda junto a él.) ¡Yo brindo por esta noche! (chocan sus vasos en señal de brindis. Pausa.)
(Ernesto empieza a dormirse y el vaso se le cae de las manos.)

Ernesto.— (sobresaltado).— ¡A la puta!, otra vez. (Se mira el pantalón).— ¿Qué le voy a decir a mi esposa?

David.— (ríe).— Que te caíste en un charco de whiskie.
(Cristina se levanta riendo y sale por la puerta de la cocina.)

Ernesto.— (fastidiado).— Mierda.

Voz de Cristina.— (en off).— Tú mujer será comprensiva, Ernesto. Llévale un ramo de flores.

Ernesto.— ¿Un ramo de flores?

David.— Tal vez un gallo de salchichón. De esos que venden afuera de las discoteques.
(Cristina aparece nuevamente con un trapo húmedo en las manos que le arroja a Ernesto. Desaparece por la puerta del dormitorio. Ernesto se limpia el pantalón.)

David.— (camina al bar y se sirve un nuevo trago.).— Menos mal. Por lo menos ya se completó la mancha. Faltaba equilibrio en esa pintura. Nunca me gustaron los cubistas. (saca una botella de whiskie, después de percatarse que ya no hay de ese líquido en otra botella.)— Prefiero el whiskie.

Ernesto.— (saca sus zapatos por debajo del sofá.).— Será mejor terminar con esta jornada.
(Aparece Cristina nuevamente. Esta vez con su pantalón de mezclilla en la mano y con un camión para dormir sobre su cuerpo.)

Cristina.— ¡Un momentico! Vos no te vas con eso puesto. Ese pantalón es un arma delatora. Tu conducta decorosa quedaría incriminada. (arroja el pantalón al sofá.)

David.— (ríe).— La mezclilla no va con la corbata...

Ernesto.— (con humor negro).— Tampoco una joven universitaria con un burócrata. (Pausa corta.)

David.— Soy periodista.

Cristina.— (Se asoma por el ventanal.).— ¡Es la misma vaina!

Ernesto.— Disculpen. (reflexiona.)— Mi lengua... Mi lengua, ¡lengua!

David.— (pensativo).— Ponéte ese chunche y dejá las disculpas.
(Ernesto se quita los pantalones ahí mismo y se acomoda los de mezclilla. Le quedan a la medida.)

Ernesto.— Estos pantalones son los culpables de la crisis de identidad. ¡Carajo!, las mujeres de ahora son otra cosa...

David.— ¡Lucís divino! Perdiste veinte años. (Cristina ríe.)

Ernesto.— Pero la hijueputa úlcera no sufre los cambios de moda! (se toca el estómago.).— ¡Ahí está la muy descarada! Se alimenta de lo lindo y crece, y crece... (se termina de poner los zapatos.)

Cristina.— Te prefiero con los pantalones de periodista corrupto.

David.— ¡Y dale con la canción! En la mesa se tiene que ver pan...

Cristina.— (siempre asomada al ventanal.).— No hace falta la mesa...

Ernesto.— (huele el pantalón).— ¡Huele a pura cloaca! Sin el menor aroma. Las mujeres de hoy en día son otra cosa...

David.— (ríe).— son mucho mejores...

Cristina.— Diferentes... Solamente diferentes...

Ernesto.— (caminando a la puerta de entrada, no sin antes recoger su saco de una silla, junto con un portafolios.).— ¡Qué miserable tanda! Ustedes son sal vajes...

David.— Somos jóvenes, compañero. Somos jóvenes universitarios...
(Cristina se acerca a la salida.)

Ernesto.— Tal vez. (pausa corta).— ¡Niñas y señores! ¡"Bonne nuit"! y que puedan soñar según sus credos, sus métodos, etcétera...
(Cristina se le acerca y le da un beso en la mejilla.)

Ernesto.— (Abraza a Cristina.).— David, tu compañera me quiere seducir. Haceme el favor de perderte por las estrechas calles de tu dormitorio. (risas.)

David.— Falta mucho para llegar al dormitorio, Ernesto. Es un viaje en zig-zag.
(Cristina se aparta y recoge los colchones del suelo. Pone un poco de orden en el apartamento.)

Ernesto.— Nos vemos en el brete, compadre. En el mejor periódico de "Tiquicia".

Cristina.— (riendo).— Su periódico es una mortaja mal oliente. Un edificio de carroña con ventanas de carroña...

David.— (en broma).— Con imprenta de carroña...

Ernesto.— Con periodistas de carroña...

Cristina.— Y con todo lo demás, ¡también de carroña!

Ernesto.— ¿Y el periódico de ustedes?

Cristina.— ¡Protesto! Yo no soy periodista.

David.— Como dicen los amigos del cono sur: ¡Sos una feminista hincha pelotas!
(Cristina termina de arreglar la sala y desaparece por la puerta del dormitorio.)

David.— (se sirve otro trago.).— ¡El zarpe, Ernesto!

Ernesto.— Mañana, David, mañana. A la hora de almuerzo.

David.— Mañana es hoy compadre, y faltan pocas horas para la llegada del almuerzo.

Ernesto.— Entonces para la salida del brete. Para cuando suenen las sirenas.

Voz de Cristina.— (en off).— ¡¡¿Las sirenas?! ¡ustedes marcan tarjeta! ¡Las sirenas son para otros!

Ernesto.— ¡Ya lo sé, criatura!, ¡Pero suena más folclórico!

David.— (ido).— "Para cuando suenen las sirenas" ¡Qué hijueputa! se oye tan lindo...
(Ernesto se presta a hacer mutis.)

Ernesto.— Buenas noches, David. (David cierra la puerta y camina al dormitorio. Cristina sale de la cocina con un trapo en las manos. Se sienta en el sofá.)

Cristina.— (ida.) Las sirenas... las sirenas... y todo cambiará, y todo cambiará. (Camina al dormitorio.)

Voz de David.— (en off).— Estoy listo para recibirte, preciosa. (Oscuridad y final de escena.)

II ESCENA:

(La acción transcurre en el mismo cuadro. Vuelve la luz al escenario. Una luz tenue. Se escuchan risas de Cristina y de David en off.)

Voz de David.— (en off).— ¡Sos una mujercilla insaciable!, ¡y apenas tenés veinticuatro años!

Voz de Cristina.— (en off.) — ¡Cuidado con ofrecer más de lo que se tiene!

Voz de David. — (en off.) — ¡Tengo de sobra, señorita!

Voz de Cristina.— (en off.) — ¡Sos demasiado optimista!
(Aparece Cristina por la puerta del dormitorio. Luce sonriente y se encamina al bar, donde destapa una botella de soda.)

III ESCENA:

Cristina.— ¡Aquí ya no canta el canario, señor Castrejón!

Voz de David.— (en off.) — ¡Deberías ser menos impaciente!,
¡este año nos recortaron el aguinaldo!

Cristina.— ¡Claro, y cada vez será más difícil!

Voz de David.— (en off.) — ¡Y ahora la pregunta que siempre se pregunta! ¡¿Quién es ese famoso Carlos?!
(Cristina inspecciona la biblioteca y luego se sienta en el sofá. Pausa corta.)

Cristina.— ¡Un macho con el cuerpo truculento. Más bondadoso y más comprometido para con sus deberes!

David.— (ríe. Siempre en off.) — ¿Y te tiene de nalguita parada?

(Pausa. Aparece David por la puerta del dormitorio. Al igual que Cristina, luce una ropa para dormir. Utiliza anteojos de parche. Se acerca al sofá y saca por debajo un par de sandalias. Cristina se levanta sin prestarle atención, camina al ventanal y corre las cortinas con la mano. Pausa larga.)

IV ESCENA.

David.— Son casi las tres de la mañana, querida. No me levanté para darme el gusto de platicar con las paredes.

Cristina.— El mundo se gobierna por la gente que se levanta temprano.

David.— El mundo se gobierna por un huevo frito, y vos sos una gallina disfrazada de paloma.

Cristina.— Tenemos mucho tiempo para hablar de mascaradas, y poco para discutir verdades.
(Pausa larga. Cristina vuelve a la ventana).

David.— ¿Hasta cuándo nos vamos a entender como seres humanos?

Cristina.— No me gustaría entenderte demasiado. Me darías lástima, vergüenza.

David.— (divirtiéndose.) Te provoqué repulsión, asco, náuseas, mareos y me considero el autor de todos tus hematomas. Y poco antes me suplicabas, me hurgabas los órganos, ¡te descomponías de frenesí!
(Se le acerca y lo toma de los brazos con firmeza.) ¡¿Qué soy para ti?!, ¡¿para qué te sirvo?!
Mírame bien, mocosa, ¿tengo la cara de feto?

Cristina.— Suéltame.

David.— (se aparta.) ¡Bah!, sos una ruina.

Cristina.— Ya lo hemos discutido. Nada se perdería si cambiaras de trabajo.

David.— ¡Todo!, ¡Todo se perdería!

Cristina.— ¿No te sentís aburrido de tanta decencia? Intenta en estos últimos años de hacer trampa. De sacar inversiones, de quemar documentos, de poner una bomba en el más elevado nido donde el presidente de la empresa empolla su huevo de oro.
¡Hacélo una vez!, nada cuesta. Es un placer que te reconforta y la tensión desaparece. El hielo se derrite y tu corazón habla. El hígado se quiebra con la bilis y la cabeza con la falta de uno mismo. Escapa de las redes y la turbulencia. Hagamos un

hueco en la pared, si es necesario.

David.— He aprendido a fuerza de trabajo a querer mi profesión. Me gusta el periódico. Es el mejor de todos.

Cristina.— No te sentís conforme siendo uno más. Naciste con demasiado talento para chupar culos.

David.— En este país todos los periódicos trabajan con lenguas hediondas.

Cristina.— Tal vez. Pero las hay más podridas. Aquéllos donde la verdad se cotiza por una suma de acciones.
(David se sirve otro trago y se echa en el sofá).

Cristina.— Mirá a tú alrededor, ¿a ésto le llamás una vida cedente y honorable?

David.— Ustedes, los que buscan renovar el mundo a base de teorías, sólo saben buscar defectos. Deberías tenerme un poco de afecto. Sentir un poco de aprecio por un viejete fracasado que no tuvo, como lo tuvieron ustedes, la oportunidad de poner en tela de juicio toda la integridad de una profesión, que con el tiempo terminó por sucumbir ante las falsedades.

(Cristina se le acerca y se doblaga en el sofá junto a él. Ella le pasa la mano por la cabeza y lo llena de besos. David se incorpora.)

David.— ¡Que carajo!, necesito una mujer menos liberal y más romántica. ¡Más mujer y menos libro!

Cristina.— (ríe.) Son una misma cosa, querido. Algo que ustedes, los "viejos", nunca pensaron de "nosotros". Tú esposa nunca te ponía peros...

David.— (pícaro.) Pero me ponía otras cosas.

Cristina.— ¿Por qué no te buscás una mujer menos complicada? ¿Con treinta o cuarenta años y con la mente limpia de convicciones ridículas?

David.— No me quiero arriesgar con una veleta o con una viuda de pueblo.

Cristina.— El mundo hierve de mujeres con buenos propósitos.

David.— (enfadado.) ¿A qué viene todo esto? Por el momento sos vos y nada más. Me resulta poco agradable tener que pensar en solteronas atorrantes. Disfruto a lo grande con la pubertad, con el apetito ninfomaniaco de una mocosa universitaria.
(Cristina abre las cortinas y se queda mirando el panorama.)

Cristina.— ¡Tonterías!, me querés enamorar como a una niña. Una niña que se enamora de un hombre que ha vivido intensamente.

(David se pasea nervioso por la sala.)

David.— ¡No te rías! Escucha, ésta ilusión es amenazante y me grita palabras en los oídos: Apunta su dedo contra mí y me dice: (cambia de voz.) "¡David Castrejón!, eres un embustero, un charlatán, y por eso te voy a cortar la lengua con un cuchillo filoso!"

(Cristina ríe a carcajadas.)

David.— (con su voz normal.) Te voy a dar un ejemplo: Una hoja se alimenta de minerales, un psiquiatra de locura y un periodista...

Cristina.— ... de mentiras.

David.— He ahí la cuestión. El mismo Lucifer llena los requisitos para ser miembro de la prensa.

Cristina.— ¡Muy bien!, algún día nos entenderemos.

David.— (meditando.) Para vos el sueño es una imagen. No hay sonido, no hay vocabulario. El sueño es una proyección de sombras, una mancha que se diluye. Pero yo puedo escuchar. Este símbolo maligno que aparece cada noche, ¡me habla!, y la ma-

gia de la palabra se complementa con la forma de su figura.

Cristina.— ¿Y qué te dice?

David.— Es un asunto confidencial. Un pacto que debe permanecer en secreto.

Cristina.— Eres un periodista. Tú vocación es el chisme. ¿Qué te cuenta ese maligno demonio?

David.— ¡Es muy folklórico!, quizá pertenece a una época no conocida, o muy remota. A un tiempo de plena oscuridad donde la iglesia sonaba su campanario... ¡Bing, bong, bing, bong!, y la paja encendida quemaba la carne del hechicero. ¿Eres curiosa?

Cristina.— (suspira.) Bastante.

David.— (sobreactuando.) ¡¡Oís?! (pausa corta.) ¡Callad!, necesito silencio.

Cristina.— Me tomás el pelo.

David.— ¡ShhhT!, puedo oír su voz. (cambia de voz.) ¿cómo estás, David?

(Risas de Cristina.)

Cristina.— ¿te han poseído?

David.— ¿Por lo visto tenemos fiesta?, eres muy egoísta conmigo. No me gusta ser un intruso, y lo siento por usted, señorita. (Cristina se levanta del sofá.)

Cristina.— Pierda cuidado. Necesito lavarme la boca y peinarme la cabeza. Los dejaré a solas. Como usted lo sabe, hoy será mi última noche.

David.— (suplicante.) ¡Por favor!, acérquese. David la necesita. La primavera no es primavera sin el vuelo de la golondrina. La sombra se necesita en el verano.

Cristina.— En eso estamos de acuerdo.

David.— Como te dije antes David, eres un pésimo anfitrión.

Cristina.— (sigue el juego.) Debe disculparlo. David no está en condiciones para la diplomacia. ¿Gusta tomar algo?

David.— ¿Tiene Vodka?

Cristina.— ¡Que casualidad!, lo mismo que toma David.

David.— La pesadilla y el hombre son una misma cosa. No deben guardar diferencias.

Cristina.— En eso también estamos de acuerdo. (Cristina se acerca al bar y prepara la bebida.)

David.— ¡Magnífico!, usted lo comprende todo.

Cristina.— En eso se equivoca. Soy una muchacha precoz que debe aprender mucho de la vida. La fruta no madura de la noche a la mañana. (Cristina añade unas gotitas de limón al trago.)

David.— El limón, sin embargo, nunca pierde la acidez. (Cristina le sirve la bebida.)

Cristina.— Gracias por el cumplido.

David.— Mi querida señora, el insulto debe contener cierta cultura para que su perjuicio sea más efectivo.

Cristina.— (asombrada.) ¡NO puede ser!

David.— ¿Perdón?

Cristina.— Que David no tiene la gracia de usted para expresar las palabras.

David.— La belleza del lenguaje es una cualidad de los veteranos; de los iniciadores de la historia. El siglo veinte no se compone de palabras.

Cristina.— Supongo que tiene razón.

David.— Casi siempre la tengo. Soy una persona juiciosa. (Cristina ríe a carcajadas.)

David.— (serio.) Tiene mucha suerte.

Cristina.— ¿Quién?

David.— ¡David!

Cristina.— ¡Ah! ¿sí? ¿por qué?

David.— Por tenerla a usted.

Cristina.— ¿Me pretende seducir?

David.— ¡Por favor!, he perdido la condición de amante. Los siglos han humedecido la explosión de mi pólvora. Se me terminó el combustible. La Celestina me rechaza de su clientela, y hasta la misma lujuria tiene su límite para los hombres insistentes. Y yo me siento agonizar.

Cristina.— ¡Dios mío!, ¿debe ser una terrible ansiedad?

David.— ¿Dios? Dios no oye, ni ve, ni siente. Dios se cruza de brazos y le importa un maní lo que sucede con el producto de su paciencia. (Cristina vuelve a reír.)

David.— (con su voz.) Vos no me tomás muy en serio.

Cristina.— Pero claro que tomo en serio tu falta de lucidez. Somos débiles. Cada uno tiene sus visiones, sus fantasmas acusadores. Sí tenés malos sueños, es porque tu conciencia permanece enlodada. Hay una culpa en el fondo de ti que no te da paz. (Cristina toma un cigarrillo del escritorio.)

David.— ¿Te puse nerviosa? Los ojos te bailan como pelotas de pin pon.

Cristina.— El enfermo sos vos.

David.— Tal vez. Pero lo voy a practicar más seguido. Funciona como terapia.

Cristina.— La próxima vez no será conmigo.

David.— No sería muy divertido. Pero con una persona mezquina, superficial, coherente... (pausa corta. David se le acerca.)— Tengamos un poco de paz por esta noche. No provoquemos juicios. (toma a Cristina por los brazos.) —A veces las cosas no hay que decirlas... (David y Cristina se besan.) —La bella historia del ¡mua, mua...!

Cristina.— Te equivocás. Es el ¡smua, smua! Fallaste por una "ese".

David.— (se aparta.) —Una "ese" nos separa. ¿Solamente una letra?, ¿hay un nombre completo?, ¿dos nombres?, ¿cinco apellidos?

Cristina.— No soy tan puta. (Cristina toma la escopeta y juguetea con ella apuntando blancos ficticios. David se sirve un trago.)

David.— Tus dedos tiemblan por dispararla. ¿Contra qué? En eso radica la incógnita, la terrible duda. ¿A quién le querés meter plomo? ¿A un amante precoz, machista, ultradotado? ¿O quizá un enemigo más temible que un amor incomprendido? ¿Quién te molesta?, ¿qué clase de astilla desgarrar con su filo tu mente? ¿O será tu corazón?, ¿o las dos cosas al mismo tiempo?

Cristina.— (deja la escopeta.) — Sabés manejar muy bien el verbo.

David.— No lo puedo evitar. Con las palabras me gano la vida. Soy periodista.

Cristina.— (fría.) — Amarillista...

David.— Las dos cosas. Cada uno arrastra con sus inmundicias. El amarillismo nos ha brindado una sucua lenta noche: Vodka, buena carne, alfombra, y un clima tibio con el cual hemos evitado la humedad y los vientos de la calle. Y a las larvas que cami

nan allá afuera les vale un pito el amarillismo y se mueren de hambre. Donde sea. . . ¡Allá!, por debajo del Virilla, o en alguna cueva que nosotros ni conocemos.

Cristina. — (ríe) — Es un colerón de burócrata y nada más. En la oficina no sos el mismo. No hay hombres enfermos que pasen por tu mente. Son otras metas, otros intereses...

David. — Siempre me cago en el final. Por una vez voy a practicar la síntesis. (pequeña pausa.) — Nos pusimos muy serios.

Cristina. — La seriedad tiene su momento. (David enciende un cigarrillo y juguetea con un florero colocado encima de la mesa.)

David. — (ido.) — ¿Quién es capaz de ofrecer un ramo de flores a su dama? Ahora son pocos. Es muy anticuado despedazarse por una mujer.

Cristina. — (viendo por la ventana.) Carlos no debe tardar en llegar.

David. — (continúa su discurso.) — Las relaciones tienden a ser menos íntimas y más fugaces. Momenticos de felicidad y todo se disipa. Los valores tienden a la muerte. Cuando los valores se pierdan, esto va a ser un disparate. La deliciosa locura la llamarán algunos. El paraíso, la utopía, donde todos somos de todos y nadie pertenece a nadie. No hay entrega; no hay corazones rotos. Un zoológico sin jaulas.

Cristina. — (se sirve un trago.) — ¡Brindo por eso! Yo soy una pantera enjaulada, y vos el carcelero; el encargado de los cerrojos; el hombre de las llaves.

David. — (se le acerca pícaramente.) — Las panteras son carnívoras y deben permanecer enjauladas. (le manosea el trasero.)

Cristina. — (se desplaza como una pantera y gruñe.) — Y los carceleros son antropófagos. ¡Puras mentiras! Las panteras no matan por oficio.

David. — Pero destruyen con igual ferocidad.

Cristina. — (dando de arañazos.) — La pantera se quiere escapar de la jaula.

David. — Y no se lo voy a permitir. El campo libre no es para salvajes.

Cristina. — El campo libre no es para periodistas cobardes.

David. — Ni tampoco para estudiantes pretenciosas. Son pocos los que merecen de su paisaje.

Cristina. — (seria.) — Debemos cosechar méritos, sudar sangre. Luchar con la bandera indicada; sembrar semillas, deshojar asesinos y delatar por cada minuto un nuevo rufián que pretenda levantar nuevos zoológicos. /Y el campo libre, entonces, será de nosotros.

David. — (se le acerca.) ¡Te quiero sola, Cristina! ¡Te quiero simple y sin compromisos!

Cristina. — Sos un carcelero, David. ¡Yo soy una pero quiero ser muchas! ¡Tengo dos ojos y quiero tener cien!, ¡cuarenta manos y miles y miles de bocas! ¿Lo entendés? Cuando lo podás entender, soltarás las llaves y todos los candados serán abiertos. Y entonces me voy a enamorar, ferozmente y como pantera. No de muchos sino de uno solo. Y seremos una simple unidad que cumplió su cometido. Necesito el campo libre y vos también lo necesitás. Abre tus manos y dámelas, pero no me pidás ser simple; no me pidás ser una sola. (pequeña pausa.)

David. — El problema de los veinte años.

Cristina. — (ríe.) Me quitás la edad.

David. — Y siempre los tendrás. (David le ofrece una mano y los dos se estrechan.

Después de reconciliarse. David se acerca al bar y se sirve.)

David. — ¡Un brindis por los carismáticos y por su destreza para tocar el pandero!

(Cristina se acerca a la ventana.)

Cristina. — Tenemos un hermoso país. ¿Hasta cuándo lo será? Somos perfectos entre la basura que nos rodea. (suspira.) — Lo hermoso nunca es eterno. Todo tiene su punto; todo se pudre con el tiempo.

David. — (se tira en el sofá y ríe.) Es inevitable. Las mujeres son un bollo de pan dulce.

Cristina. — No todas. Hay algo de miel en nosotras, pero también de fermento.

David. — Muy cierto.

Cristina. — (dulcemente.) Sos un hijo de puta.

David. — Y vos una sentimental.

Cristina. — No es enfermedad...

David. — ¿Qué?

Cristina. — Tener un corazón que sepa latir por la gente.

David. — A veces lo es...

Cristina. — ¿Una enfermedad?

David. — Todo en este mundo es enfermedad si no sabemos medir las cantidades.

Cristina. — ¿Hasta el cariño?

David. — Se incluye el cariño. (pausa breve.) — ¡Un brindis por el buen humor!

Cristina. — (alza su copa.) ¡Niego ese brindis! ¡Un brindis por el tiempo!

David. — ¡Niego ese brindis! ¡Un brindis por el buen humor!

Cristina. — ¿Y cuál es la receta?

David. — (fúrico.) ¡Demonios!, quisiera tenerte siempre aquí, detenida... A veces el valor de una mano caliente y tierna no se compara con el valor de un poema, de un chiste, de una muestra de habilidad. (Cristina sale por la puerta del dormitorio.)

David. — (a gritos.) — ¡Te quiero detenida, estática!

Cristina. — (en off.) — ¡No soy una piedra!

David. — ¡Sí!, ¡si lo sos!

Cristina. — (en off.) — ¿lo soy?

David. — ¡Sos un libro de leyes con tallador!, ¡un miserable culo con pergamino!

(risas de Cristina)

Cristina. — (en off.) — ¿Y vos?

David. — ¿Yo? ¡Yo soy el blanco, querida!, ¡la sartén de tus guisados!

(Pausa corta. Cristina entra a escena con un par de valijas y lista para salir a la calle.)

Cristina. — ¿Y bien?, ¿Cómo me veo?

David. — (sin verla.) — Se te ve frágil para donde quiera que vayás.

Cristina. — No me has visto...

David. — Es demasiado tarde para irse o demasiado temprano. No llegarás a tiempo a ningún lado. (dolido.) — ¡Ya basta de pecar, Dios mío!, ¡de quemarse con una chispa!, ¡de atragantarse con una migaja! ¿Hace cuánto lo conociste?

(Cristina deja las maletas. Toma un suplemento del escritorio y sienta en el mismo.)

Cristina. — (leyendo el suplemento) "Gran subasta de talladores usados por la finada actriz Marilyn Monroe..."

David. — (se le acerca.) — No me escuchaste.

Cristina. — ¿Querés hablar de eso? Es nuestra última noche...

David. — Por eso mismo criatura...

Cristina. — (molesta.) — Es un bribón; un pandillero subido en una motocicleta...

David.— ¡Apuesto mi pellejo de que se trata de un sociólogo maricón!

Cristina.— (pícaro) — Caliente por un lado y frío en el otro.

David.— (enciende un cigarrillo y hace mutis por la puerta de la cocina.)

Vos de David en off.— ¡Debe ser muy joven!, ¡con la cabeza llena de humo, de idealismos...!

Cristina.— ¡Me asombra tu poder de adivino!

Voz de David.— ¡Donde putas pusiste los Alka-Seltzer!

Cristina.— ¡¿Qué pasó con tu poder?!

(David sale con un vaso y se encamina al bar.)

David.— (pensativo).— Un sociólogo joven y sin un colón en los bolsillos.

Cristina.— ¡Pegaste el gordo!, ¡no más lujos, no más suplementos! (arroja la revista a un lado y se acerca al ventanal.)

David.— (creído).— No he perdido mi poder... (pausa corta) — ¿Contá más acerca de ese sociólogo? No es sociólogo...

Cristina.— Eso no importa. El caso es que me puso los cuernos, y para eso no se necesita título...

David.— (pícaro) — Tiene un lindo lunar...

Cristina.— ¿Ah, sí?, ¡contáme!, ¡dónde lo tiene?

David.— (igual de pícaro) — cerca de la frontera...

(risas de David)

David.— ¡Qué vacilón!, ¡es la nueva moda! Tener un punto exótico en las pelotas, y todas las mujeres se abren como cáscaras de banano!

Cristina.— (mirando por la ventana) — ¡Qué palabras más sofisticadas! ¡Dios mío!, a veces me asustas...

David.— ¡¿Dios?!, Dios para ti es como una película de Walt Disney! (irritado). — ¡A la gran puta!, ¡apuesto a que la tengo más grande!

Cristina.— No acostumbro llevar metro para esas ocasiones.

David.— ¿Y mis besos?, ¡¿Qué decís de mis besos?! ¡Son explosivos, pulmonares!

Cristina.— El es mucho más suave, más sofisticado...

David.— ¿Sofisticado?, ¡mierda!, es una niña reprimida.

Cristina.— Puras babosadas, Señor Castrejón...

(irritada y mirando por la ventana.) ¡¿Qué pasa que no llega?! (ido) — Fueron cinco meses de convivencia... (segura) — Me gané tu techo...

David.— ¿A dónde te lleva ese rufián?

Cristina.— (ríe para dentro) — A una frontera, David. A una frontera muy cercana y al mismo tiempo muy difícil de alcanzar...

David.— ¿Qué clase de frontera? ¿Un salón de conferencias?, ¿una oficina del Partido Comunista que apesta a puro blá-blá?, ¿a un apartamento lujoso amueblado por el Kremlin?

Cristina.— ¡No señor!, ¡Voy al campo libre!

David.— ¡¿Dónde putas está el campo libre?! (Cristina camina al bar y se prepara un trago. Se nota algo trastornada.)

Cristina.— A pocos kilómetros, David. Se puede ir caminando bajo un sol que arde de lo lindo. (Tocan el timbre.)

Cristina.— Quiero que lo conozcas. Que sepas que no te quiero perder, pero que necesito irme. (Cristina sale por la puerta e ingresa a la escena con un hombre joven, de la edad de Cristina. Viste informal: pantalones de mezclilla, botas, etc. Pausa larga. David y Carlos se miran de reojo durante unos instantes. David se acerca al bar y rompe con el silencio.)

David.— (ríe.) La eterna historia de la competencia. ¿Gusta tomar algo?

Carlos.— Whiskey. (David se sirve un Vodka para él y termina de servir el trago de su invitado.)

Cristina.— Necesito ir al baño. (hace mutis.)

Carlos.— Yo no vine a competir.

David.— Vino a llevarse el trofeo...

Carlos.— En parte...

David.— ¿Y a conocerme?

Carlos.— En parte...

David.— Yo le conozco muchacho. Lo he visto por la Universidad.

Carlos.— Podría ser.

David.— Al fin y al cabo usted se merece las rosas. Es joven, estudioso, y me pregunto, ¿qué más?

Carlos.— Amo a Cristina.

David.— ¡Suficiente! (lo estudia con los ojos) — Pero hay algo...

Carlos.— ¿Algo? ¿Algo como qué?

David.— Su carácter.

Carlos.— Apenas me conoce.

David.— Se equivoca. Le conozco hasta el rabo.

Carlos.— ¿Por Cristina?

David.— (ríe.) Ella me lo contó todo.

Carlos.— (ríe.) A mí también.

David.— (a carcajadas.) Me contó de su lunar! (curioso.) ¿Cuál lunar?

David.— El que tiene en un... (señala la bragueta.) — Se debe sentir muy orgulloso. (divertido.) ¿De mi lunar?

Carlos.— ¡No!, de su carácter. ¿Y qué le contó Cristina de mí? Yo no tengo lunares ni tampoco carácter.

David.— Se quiere sentir culpable cuando nadie lo es. Simplemente soy el enemigo. La corrupción en dos patas.

Carlos.— Puede ser.

David.— Solo me faltan dos palabras para completar la frase. Honor y compromiso. A eso se le atribuye su ventaja sobre el trofeo. El lunar poco importa. Yo tengo una bola más grande que la otra, y eso les gusta. (ríen.) (pequeña pausa. Carlos mira por la ventana y se muestra impaciente.)

David.— Cristina lo hace a propósito. La tardanza, ¿sabe? No tengo prisa.

Carlos.— ¿A qué se dedica, mochuelo?, además de putear con intelectuales?

David.— Soy estudiante de economía.

Carlos.— ¡Excelente!

David.— ¿Excelente?

Carlos.— Un economista, una socióloga y un periodista.

David.— ¡Un triángulo perfecto!

Carlos.— El triángulo dejó de ser triángulo.

David.— ¿Por usted o por ella?

Carlos.— Por el destino.

David.— ¿El destino? Es una razón poco válida.

Carlos.— Es la más conveniente.

David.— Habla como un sacerdote, no como un economista. ¡Pura babosada, muchachito! Es por un duelo de convicciones. Según ustedes el hombre ya vino predestinado. Además, Cristina me ama como hombre, pero me detesta como trabajador. ¿Con usted pasa lo contrario?

Carlos.— Tengo mis méritos.

David.— (agrío.) — Tiene la cabeza hinchada por ideas, y el cuerpo...

Carlos.— (firme.) — ¡Con fuerza!

David.— (lo reta.) ¿La necesaria?

(Aparece Cristina.)

Cristina. — Ya basta, ¡David! ¿Quieres inscribirlo en un curso?

David. — No te quiero dejar en manos de una gacela.

Cristina. — Vos no me dejás.

David. — ¡Pucha!, está bien. Me pregunto como dos seres con legítima conducta, no se trueñan de aburrimiento.

Cristina. — No me gustaría cortar raíces.

David. — A mí tampoco. Pero no pertenezco a su escuela.

Cristina. — (a punto de marcharse.) ¿A cuál escuela?

David. — Amar un poco y basta. Me gusta darle cuerda al reloj. Escribir discursos, encanecer con el amor... (Carlos hace mutis.) — Que no te ponga muchos huevos la gallina...

Cristina. — (ríe.) Eso lo veremos.

David. — (acude a la llamada.) — Gracias. (pausa corta.) Nos veremos en la mañana. (cuelga).

Cristina. — ¿Qué pasa?, ¿malas noticias?

David. — Nicaragua está en guerra.

APAGON, FINAL DE CUADRO

I ACTO :

CUADRO II :

"OFICINAS DEL PERIODICO"

AÑO : 79 80

(Escenografía mínima. Dos escritorios en primer plano. En segundo plano, un botellón de agua, "Elektropura". Al centro de la escena una puerta. Se pueden escuchar picoteos de máquinas de escribir, voces, etc. Sentado en uno de los escritorios, David funde su mirada en un folio. De frente, Martínez permanece alerta.)

I ESCENA :

(Una muchacha cuya fisonomía representa la típica secretaria, aparece por la puerta llevando consigo una montaña de papeles.)

Señorita Gómez. — Compermiso...

David. — (sin quitar la vista del folio.) Pase adelante. Está en su casa.

(La señorita Gómez se queda de pie y observa como enbobada a David.)

David. — Buenos días, señorita Gómez. (pícaro.) ¿Se le perdió algo?

(la secretaria suelta una risita y se da vuelta con miras al otro escritorio. De repente pega un tropezón y los papeles se dispersan por el suelo.)

Señorita Gómez. — (recogiendo los papeles.) — ¡Santo cielo!, siempre me pasa lo mismo.

Martínez. — (acude en su ayuda y la levanta.) — Con cuidado. (Martínez recoge el papelerito y lo distribuye en el escritorio vacío.)

Señorita Gómez. — La culpa de todo la tienen los tacones.

David. — Me lo imagino.

Señorita Gómez. — (se tantea un ojo y pega un grito a Martínez.) — ¡Quieto ahí!, ¡no se mueva! (se arrodilla en el suelo y busca con frenesí algún objeto.)

Señorita Gómez. — ¡Dios mío!, he perdido uno de mis lentes. (Martínez colabora en la búsqueda. David permanece inmóvil.)

Señorita Gómez. — Tiene que estar por aquí. (pausa corta.) ¡Un momento!, ahora lo recuerdo. (Se tantea el otro ojo y compara. Después se acerca cara a cara con Martínez.) — ¿Ve la espinilla que tengo aquí, al lado de la nariz y por debajo de las pestañas?

Martínez. — (con asco.) — Si. Es muy simpática.

Señorita Gómez. — Se llama Lulú...

Martínez. — ¿Quién?

VIII ESCENA

Señorita Gómez. — ¡La espinilla! Es como jugar con muñecas. Yo nunca tuve muñecas, ¿sabe?, y por eso le pongo nombres a mis espinillas. (suelta una risita.) ¡Es muy divertido!

David. — (un poco alterado.) — ¿Y qué relación tiene Lulú con el lente de contacto?

Señorita Gómez. — ¡Ninguna! Lo que pasa con Lulú es que no permite intrusos en su territorio. Es muy celosa, y gracias a ella no me puse los lentes y me salvé de una posible tragedia.

(La señorita Gómez se dirige a una montaña de folios que acomoda con extraña paciencia.)

Martínez. — (hablándole a David en el oído.) — A veces me da lástima.

David. — (le hace entrega del folio.) — Muy interesante y muy peligroso

Martínez. — Interesante para el público... peligroso para nosotros.

David. — (Camina al botellón y se sirve. Invita a Martínez.) ¿Whiskey o Vodka?

Martínez. — Whiskey,

David. — ¿Cómo sacaste la fotocopia?

Martínez. — Amistades.

David. — (se acerca con el vaso. Lo entrega a Martínez y se sienta en su lugar.) Está bien. No te presiones. Costa Rica es el país de los fisgonos. (pausa corta.)

Martínez. — ¿Y?

David. — Y, ¿qué...?

Martínez. — ¿Se publica o no se publica?

David. — ¿Qué pasaría si no se publica?

Martínez. — No lo sé. Tal vez lo venda...

David. — ¿La competencia? Todos somos iguales. Sólo que...

Martínez. — ... la venda a los periódicos de pequeña circulación.

David. — Da lo mismo. Muy poca paga por una estupenda noticia. Además, ¿quién habla de vender noticias?

Martínez. — No busco la plata. Se trata de que la gente lo sepa.

David. — ¿Qué pasará con Ernesto?, son casi las once.

Martínez. — ¿Y bien?

David. — Nosotros tenemos el acceso. Somos la empresa más organizada. La "vox populi", Martínez.

Martínez. — ¿Entonces por qué se decide?

David. — Por publicarlo. Pero primero se debe consultar con papá.

Martínez. — Y papá nos dará de patadas en el fondillo.

David. — Posiblemente.

Martínez. — ¿Y qué tal una travesura? No consultemos con papá...

David. — Y ¿perdemos el empleo?

Martínez. — Una de cal...

David. — (amablemente.) ¿Por qué no te esfumas?

Martínez. — (desde la puerta.) ¿Estamos de acuerdo?

David. — Cuidado con hacerte ilusiones. En este negocio no se promete nada.

Martínez. — Papi está moribundo. Tiene cáncer en la lengua. (cierra la puerta. Por la misma aparece Ernesto. Hombre cincuentón, gordo, de humor excelente.)

ESCENA III :

David. — (frío.) Son casi las doce.

Ernesto. — (le lanza una mirada. Pausa corta. Se sienta en el escritorio opuesto.) ¡David él mete la pata! (se queja.) ¡Demonios!, siento el estómago como una pera de boxeo!

Ernesto. — Quién sabe.
 David. — ¿Por qué no contratás un esclavo africano? Un esclavo que sepa usar el abanico.
 Ernesto. — (suspira.) ¡Las mujeres! Tengo fijaciones con mi cuñada, ¿lo sabés? Es una diosa inmoral. Sabrosa como una sandía, caliente como un crematorio...
 David. — Para vos el mundo se compone de senos. Ya no sos platónico.
 Ernesto. — ¿Quien habrá sido el imbécil de inventar el matrimonio...?
 David. — Un imbécil.

IV ESCENA :

(Aparece Hidalgo, Director del periódico. De edad avanzada, bien vestido...)

Hidalgo. — (fúrico). — ¡Sos un imbécil, David! (camina al botellón y se sirve.) La junta de accionistas amenaza con retirar los fondos y la Directiva...
 David. — ... ¿Condespedirme?
 Ernesto. — Sospecho de la señorita Gómez.
 David. — ¿Quién le dijo lo de Martínez?
 Hidalgo. — ¿Diez años de trabajar en la prensa no son nada para vos? La carnicería, David, donde la carne que se negocia es el chisme. Es un asunto delicado. La solución, vos la sabés. Liquidar la fotocopia es el primer paso. (pausa corta.) — No sé que te pasa. Tal vez unas vacaciones.
 David. — ¡No soy un enfermo!
 Hidalgo. — Tomalo como quieras. La posición se mantiene. Ni en pro ni en contra. Se terminó la época de caudillos. Despertá del sueño que te ronda por dentro, si no querés terminar en la calle. (Camina al botellón y se sirve.)
 David. — Propongo una fórmula. El accionista no quiere verse mezclado en una jerga política... ¿pero con un poco de plata de por medio?
 Hidalgo. — Dinero tenemos, David, y de sobra.
 David. — ¡Una publicación sin cortes, sin fisuras... y le prometo la mejor tirada del año!
 Hidalgo. — (ríe.) — La rata no puede morder la cola del gato. Son los negociantes y no los lectores, quienes manejan la barca.
 David. — ¿Qué pasará con Martínez?
 Hidalgo. — (frío). — Se traslada.
 David. — (ríe). — ¿A sociales?
 Hidalgo. — ¡A Sociales!, mientras permanezca su terquedad para con ese documento. Somos un ojo que ve por todos. (camina rumbo a la puerta.) Muy complejo el mecanismo de la prensa. Para ustedes no hay límites; no hay ataduras ni cadenas. Yo, en cambio, no tengo la vía libre. Hay un freno que me detiene. Sabemos cumplir con el sistema, y usted no se salva. Somos cómplices de la mentira. He sido bondadoso con su amigo. En Sociales chupará buen guaro, y podrá entretenerse con los culitos de las viejas ricachonas.

ESCENA V :

Ernesto. — ¿Qué proponés?
 David. — Un crimen a plena luz del día. Al estilo guatemalteco. (echa un vistazo a un periódico.) El asunto no es con Hidalgo. Es con nosotros. Deberíamos cambiar de profesión.
 Ernesto. — Tratante de blancas. Si hay algo que al país le sobra, son putas. Vivimos en el "Burdel de las Américas". Nadie te cierra la boca y los accionistas somos nosotros. Nosotros vendemos la carne y fijamos los precios.

David. — (ido.) Soy un desastre. Alcohólico, soltero y me rompo el hígado a tablazos con Hidalgo. No nacimos para cambiar el mundo, Ernesto, sino para criticarlo.
 Ernesto. — Y la crítica transforma. (pausa corta.)
 David. — Un grupo de personas cultas quieren publicar una revista. Vos sabés... Un poco de cultura, política...
 Ernesto. — Y pasará lo mismo de siempre. En menos de seis meses, se viene a pique. Con un poco de suerte, de uno a dos años. Pero para entonces...
 David. — ... pasará a ser una revista de anunciantes.
 Ernesto. — Y por cada artículo que se publique, un huevazo de comerciales. Y Martínez no se ganaría un peso trabajando en una revista quincenal.
 David. — (ido.) No solo pensaba en Martínez.
 Ernesto. — El nene quiere mamar de buena teta, pero sin leche. ¿Qué clase de oferta te propusieron?
 David. — Subdirector. (enojado.) ¡Mierda!, tenés razón. Es un negocio huesudo.
 Ernesto. — ¡Vamos, David! Te doblaste el espinazo para ganar la gerencia de un departamento. Antes no ponías peros y subiste por lo más alto de la montaña. No es momento para bajar de la torre. Cuando se baja de la escalera no se puede volver a subir.
 Ernesto. — Es tarde para salirse del hueco. Presumo conocer uno de tus puntos débiles. El más importante, creo yo, se llama Cristina. Permanece tranquilo, hermano. Cierra la boca y gánate los pesos.
 David. — La gente cambia para bien o para mal. La edad no importa. Pero hay un momento de tolerancia, entre lo que querés, y lo que necesitás. (arrugando el periódico entre sus manos.) Para este papel mis opiniones valen un comino. Lo que hago no proviene de mí, viene de las alturas, donde los magnates oprimen sus máquinas y experimentan con toda clase de venenos. Y la producción de mentiras aumenta por mi causa, por mi tolerancia. No puedo seguir con tanta infamia a cuestras. Necesito comer, pero también busco la manera correcta para terminar con esta viciosa lentitud; con esta larva indigesta que me provoca náuseas. Y todo termina sin opresores, sin rebeldes. La completa apatía que te destruye por dentro como un cáncer.
 Ernesto. — Son vainas.
 David. — ¡No son vainas! Son observaciones, y muy precisas. Yo soy el maricón responsable de la peste y la mentira. ¡Pido misericordia!, ¡pido perdón!. ¡Necesito una voz que me responda!, un testigo que me pueda condenar mi crimen. ¿Quién osa atravesar esa puerta para romperme la jeta?
 Ernesto. — Hidalgo.
 David. — ¡Fuerzas terroristas destruyen tal lugar; los apocalípticos caballeros del síndrome socialista se cuestran a fulano y mengano! (pausa corta.) Un niño cuando aprende a mover la boca sólo sabe decir: Mamá y Papá. Este periódico solo conoce dos palabras: Terrorismo y rebeldía!. ¡Mamá y Papá!
 Ernesto. — Papi es papi.
 David. — Debe ser muy difícil para nosotros decir NO cuando decimos SI. ¿A quién pertenece la libertad de prensa? ¿Al que paga más y habla menos?
 Ernesto. — Se terminó la época de caudillos.
 David. — ¡Claro!, ahora el mundo se compone de verdugos.

Ernesto.— La junta es la Junta...
David.— ¡La Junta, el Santo Oficio!, ¡¿Cuál es la diferencia?

ESCENA VI:

(aparece Martínez con un folio.)

Martínez.— Noticias, jefe. (leyendo.) "Londres: El precio del cobre sube de 1920 a 1980 dólares por tonelada métrica". Chile: "Quinientos millones de dólares fueron entregados por Pinochet a las empresas "Anaconda Mining", "Cerro Corporation", "Kennecott e ITT Companys", por daños y perjuicios. Uruguay: "La fábrica "Bayer" sufre un atentado; el movimiento tupamaro se acredita el siniestro; según los extremistas, la empresa abastecía de gases tóxicos al ejército norteamericano durante la guerra de Vietnam". (Termina.) El mundo es un desastre.

Ernesto.— Una bola de fuego, Martínez.

Martínez.— Acabo de ver a Hidalgo, salir como una furia. Parecía un ciclón... (pausa corta. Martínez se sirve del botellón.)

Ernesto.— Deberíamos poner un bar y quitar ese botellón. "Más vale ser borracho conocido que alcohólico anónimo."

Martínez.— ¿Qué pasó con Hidalgo?

Ernesto.— Nada. Necesitaba un preservativo. La señorita Gómez lo atrapó en sus redes.

David.— Necesitamos un poco de tiempo, Martínez. Eso es todo.

(Martínez sale. Ernesto se acerca al folio que dejó Martínez.)

Ernesto.— Tachemos lo de la fábrica "Bayer".
(se escuchan ruidos de tormenta. David saca su paraguas del escritorio.)

David.— Vámonos ya, Ernesto. La tarde nos apura.

Ernesto.— ¿Qué pasará con el traslado de Martínez?

David.— (caminando a la puerta.) Mañana... mañana se lo diré.

APAGÓN FINAL DE CUADRO Y DE ACTO.

ACTO II: I CUADRO:

(Escenario vacío. No hay tiempo; no hay espacio. Solamente una tarima y por encima de ella, un foco específico ilumina a Cristina. Viste de blanco, y se ve sentada fumando un cigarrillo. Abajo, en un segundo plano, David, de frente al público.)

I ESCENA:

David.— ¡Carlos!, ¡El hijo de puta Carlos!, el hombre ideal para toda joven soñadora. Elocuente, sereno, que se anda sin babosadas. Deportista, arrogante, sensible... ¡Me cago en la perfección! Habría sido en vano luchar contra ese culiolo mitológico. Pero Carlos nunca te tuteaba. Era ridículo para él decirte: "Amor mío". Sonaba muy fácil. Y Carlos detestaba lo fácil. ¿Y qué más da? Cuando el amor se arranca a tirónazos, uno queda embrutecido. Te amaba demasiado, Cristina, y el hombre no debe amar tanto.

Cristina.— Sos un niño, David, y siempre lo serás. Una mujer puede amar un niño, pero con el tiempo se aburre.

David.— ¡Aquí estoy, Cristina! Esperando que Dios te baje del cielo.

Cristina.— (ida.) Eramos tan pocos y fuimos tantos al final. ¡Oh!, ¡qué locura, Dios mío! Por qué tener que matar la inocencia de nuestra misma carne.

David.— Aquí nadie mata, nadie se muere. Se vive para bien o para mal. Pero, ¡Carajo!, se vive. Ahora lo lamento. En el mundo se mata y yo nunca lo supe.

Cristina.— Qué poco sabés de sacrificar y por eso nunca comprendiste.

David.— (ido.) ¿Quién se atreve a decir que faltaron pruebas? La plata desapareció.

Cristina.— (feliz.) No se pronostican desventuras en la tierra de mi muerte. Puedo aspirar el aire con la mayor alegría, y soy tan alta, que la cabeza me pega con el cielo.

David.— (alocado.) Señor Director, ¿se le puede presentar una renuncia?, ¿se le puede chupar el culo? ¡No!, mejor no. Levantemos un monumento a la VERDAD.

Cristina.— ¡Alegría, David!, ¡alegría!, Alegría es tener al sol cabalgando en el pecho, y ser amo de vos. Es tener una trinchera al cuello y salir volando. He cruzado la frontera y, David, he caminado por el campo libre.

David.— (Se vuelve de frente a Cristina.) Cristina, tan sólo te pido algunos detalles de cómo diablos se debe medir la luz. ¡Si!, la luz. Para que todo brille y no tropecemos con una penumbra, un oscuro rincón. Decíme pues los secretos de cómo se debe armar en partes una vivencia de dos. Y decíme, también, como se deben juntar los minutos en un hermoso montón de eternidad y que no se vayan, jamás, por irse, sino volvamos con ellos. Volvamos a constituir nuevamente lo mejor del momento; y regresemos con ese momento muy apretadito en mis brazos y en los tuyos. Y entre los minutos que valen permanecer, veamos como nacen las flamas, las cálidas circunstancias.

Cristina.— ¿A mí me lo querés preguntar? Yo estoy de regreso, David. No soy una muerta. Mi cuerpo entero es un estandarte que baila con las nubes.

David.— (colérico.) — ¡Mentira! (suelta una risita nerviosa.) Señor Director, ¿le parece mentira? ¿Una ficción con intereses comprometedores?, ¿un oscuro rincón?, ¿una penumbra? De acuerdo. En tierra de pobres no hay ladrones. (serio.) Regresa Cristina, te necesito...

Cristina.— Te lo dije. Yo estoy de regreso. La distancia que nos separa no se mide entre la vida y la muerte.

David.— (ido.) ¿Qué está diciendo, señor Director? ¡Acusar implica hacer política, Castrejón!, ¡acusar!, ¡acusar!, ¡acusar!, joderse y lanzar un dedo contra un alcahuete. ¿La vida y la muerte?

Cristina.— La vida nos tiene que servir y para siempre, y no por generosos instantes. Se vive para un propósito. Y se debe nacer para ser boca de muchos, y se nace también para certar el paso al que se proclama único dueño de los horizontes y al que levanta falsas fronteras.

Cristina.— Ya te quiero ver muerto, por completo desprovisto de poderes; tendido como un tronco en alguna playa donde las olas con su saliva no te dejen parte entera.

David.— Sos un espejismo de mierda.

Cristina.— Para vos soy una heroína, y eso te disgusta; te provoca rabietas. (Ríe.) Sos un pequeñín amordazado.

David.— ¿Cómo se te ocurre pensar en heroísmo cuando te conocí todos los defectos? A Nicaragua no te fuiste por tu vocación solidaria. Te fuiste a limpiar errores, a sobreponer fracasos. Y antes que

obra bien plantada. Tu nariz griega y afilada, y tus ojos me lo dicen...

Cristina.— La próxima vez me cortaré la nariz. Es una delatora. Y los ojos también. Me los voy a sacar. Edipo Rey, mi capitán. ¡Pero qué vainas! Esa tarea les corresponde.

(Godínez se acerca a la mesa y toma una hogaza de pan.)

Capitán Godínez.—(viendo el pan.)— ¡Y Dios convirtió la piedra en pan! ¿Así dice la canción? ¡Pué que friega con eso! En Nicaragua estamos llenos de piedras y el pan no se ve. Es una farsa hecha de harina; un idealismo del trigo. (prepotente.) — ¿Lo ves?, ¿le podés ver?, ¿lo escuchás? Además de matar tengo otras habilidades. (le arroja un pedazo de hogaza y Cristina lo devora.)— ¡Soy me-ta-fó-ri-co! Un canalla que sabe del fúsil y de la metáfora. El trovador de la armada, mi Julieta. ¿Se da cuenta?, ¿lo podés ver?, ¡¿Lo escuchás?! Un artista metido entre los tanques. Desperdiciado por una guerra. Siempre la guerra nos jode cuando la brillantez de los genios fecunda. (pequeña pausa.)

Capitán Godínez. (ido). Y a veces en el pasado, me ponía mi saco y caminaba por las calles de Managua. De civil. Sin medallas en las tetas. Tranquilo, respirando calma. Unos días me sentaba frente al lago, escuchando la voz de las aguas, mirando sus brillos. Y con la mano cerca de mi culo, de mi culito... Carmencita... Y se me fue la criatura. La muy pendeja se llenó de metralla. Cruzando la calle... yo con mi saco y Carmencita... cerquita!, ¡carajo!, a mi lado. Y el jodido sandinista se la peló en el tiro. Le falló la mira. Y la inocente tuvo que pesar con el castigo. Siempre los inocentes reciben las ostias. (pega un grito.) ¡Kalimán! Necesito una cerveza! (Kalimán se apresta a hacer mutis.) — ¡Qué sean dos!, ¡cinco si son necesarias!

Kaliman.— En Argentina emborrachan a los puercos antes de matarlos...

Capitán Godínez.— ¡Estoy de acuerdo con el sistema!
Cristina. Siempre y cuando sean puercos...

Capitán Godínez.—(se pasea nerviosamente.) — Le voy a ser franco. Nunca en este mórbido negocio me tocó tratar una ricura de tal espina. La belleza me apendeja. Soy un sensible furibundo. Da lástima que esa naricilla burguesa termine cubierta de tierra y ensangrentada. (La sujeta por el pelo y se lo jala con fuerza.) ¡Pero la belleza no te salva! Será tu más cruel verdugo. ¿Lo entendés?, ¿Lo podés entender? (la arroja contra el suelo.) Tu belleza es mortífera, venenosa y da asco. ¿Y sabés por qué?, ¿Lo sabés? Porque de tu alma no brotan tumores infecciosos. Sos aún más sana por dentro. No hay costras. Sos una hembra casi perfecta y aquí no permitimos eso. No queremos perfección. A mí, a Kalimán, y a todos nosotros, nos alimenta el desastre; el descule es nuestra forma de vida. (la toma de nuevo por el cuello.) ¡Quebrar nucas y no propagar inteligencias! (Godínez aplica fuerza en el cuello de Cristina.) ¡¿Sentís la presión?!, ¿la sentís? Es ella quién dictamina los mandatos. ¡La presión!... ¡La presión!!! (se aparta.) No tenés salida para este laberinto.

(Kalimán aparece con las cervezas.)

Kalimán.— ¡Aquí están, mi capitán. Bien frillas! (las deposita en el escritorio. Godínez toma una, la abre y la ofrece a Kalimán.)

Capitán Godínez. Esta noche es de nosotros, Kalimán. Vamos a compartir como buenos patriotas. Una pierna para vos y una pechuga para mí. (le arroja una lata a Cristina. Cristina la abre y toma de a poquito.)

Cristina.— Un interrogatorio muy sutil, mi capitán...

Capitán Godínez.—(destapa su cerveza y la toma con rapidez.) La noche es de nosotros. Nos pertenece. ¡Afuera la guerra!, ¡aquí tenemos fiesta! (glacial.) — Fune- rales para una sonrisa, o tal vez la vida. Eso depende...

Cristina.— Eso depende de la cerveza y sus efectos.

Capitán Godínez.— No soy un aficionado. Mis tiempos de escuela ya pasaron.

Cristina.— Tiene razón. Está comenzando la secundaria. (pausa corta.)

Capitán Godínez.—(devorando una nueva hogaza.) Sos muy blanquilla para ser de por estos rumbos. Eso ya lo sabemos. ¿O venís de las "tiquicias"? ¿o sos chilena? Una chilena resentida que busca hacer bulla a costa de un pueblo que no es el suyo.

Cristina.— No soy chilena pero me gustaría serlo.

Capitán Godínez.— Yo tampoco soy chileno y también me gustaría serlo.

Cristina. Tal vez con una diferencia, mi capitán: ¡Usted dentro y yo fuera!

Capitán Godínez. Los dos estamos adentro.

Cristina. ¿Y los dos somos chilenos?

Capitán Godínez.— Tal vez. Pero estamos en Nicaragua.

Cristina. Y por la misma causa...

Capitán Godínez.— ¡Chile se jodió! Es una ficha más del archivo. Y lo mismo pasará con nosotros.

Cristina.— ¿Por qué dice que pasará? ¿Tan de cerca ha visto la derrota?

Capitán Godínez.— La he visto. Pero ha terminado la ofensiva.

Cristina.— Son pausas, intermedios... (Godínez destapa la segunda.)

Capitán Godínez.— Algún día perderemos. Por el momento hay dudas... m

dudas... muchas dudas.

Cristina.— Hay muertos, muchos muertos.

Capitán Godínez.— Sacrificios inútiles. (se sienta ante la máquina.) Vamos a hacer francos. ¿Nombre?

Cristina.— "La burguesa nariz de caramelo".

Capitán Godínez.— Muy interesante. ¿Seudónimo?

Cristina.— Menos. Detesto las claves.

Capitán Godínez.— Edad, 23 años. Así la voy a llamar: "Edad, 23 años". Frente sur. ¿Pastora?

Cristina.— Pastora, Chaplin, Agustín Lara...

(Godínez se pasea y mira de reojo a Cristina).

Capitán Godínez.—(mirándola de frente y apasionado.) ¡Vivamos una aventura! ¡Un amor entre capitán y mercenaria!, ¡un amor entre lo blanco y lo negro!

Cristina.— (sublime.) — ¡Helo ahí!, ¡el gran jefe!, ¡el filósofo de la tortura!, ¡la amenaza de los pueblos de rodillas ante una mujer! ¡No hay en la tierra rinoceronte ni macho que no padezca debilidad! (en broma.) — ¿Un amor entre capitán y mercenaria?

Capitán Godínez.— ¡La bella y la bestia!

Cristina.— No sería muy divertido...

Capitán Godínez.— ¿Qué no sería muy divertido?

Cristina. Hacer el amor con una bola de grasa.

Capitán Godínez. Pero le fascinan los hombres salvajes...

Cristina. Su corazón está podrido. Nunca se conmueve.

Capitán Godínez.—(sediento.) — Yo no hablo de corazones. El amor no exige tanto.

Cristina.— Igual que un perro rabioso. Con la boca llena de espuma.

(Godínez se acerca y le manosea los senos.)

Capitán Godínez. ¡Pechos en flor, mi guerrillera!
Cristina. (se aparta.) —A su tiempo, mi capitán. La noche empieza...

Capitán Godínez.—(se aparta.) La verdad nunca se delata. Diga lo que diga, yo soy quién tiene el naipe, y usted forma parte del juego. Y para no salir del tema, yo voto por la reina de corazones. ¡Usted lo decide! ¿Corazones o espadas?

Cristina. No me interesa jugar a la baraja.

Capitán Godínez.—¿Qué tal un chance para salir del infierno?

Cristina. Depende.

Capitán Godínez.—Primero que todo, te vas a desnudar de a poquito. ¿entendés?, con suavidad; que se pueda ver artístico.

(Cristina se mantiene firme.)

Capitán Godínez. ¡Obedece!

(Cristina duda, pero empieza a quitarse una botina.)

Capitán Godínez.—¡No!, mejor esperá un momento. Vamos a hacer que la cosa parezca de a verdad. Como en un cabaret. ¿Te gustan los cabarets? (silencio.) ¡Contestá!

Cristina.— ¡Sí!

Capitán Godínez.—Muy bien. Vamos a necesitar música. (grita.) ¡Kalimán!

Kaliman.— ¡A la orden!

Capitán Godínez.—Buscáme una radio y traéla pa'cá. (Kalimán hace mutis.) Esa bestia sólo sabe decir a la orden. (pau-
sa.) Vamos a empezar de nuevo. Yo te voy a presentar como... como "Carmen la chilena".

Cristina.— ¿Carmen?

Capitán Godínez.— ¡Mi Carmencita era una puta! (silencio.) Muy bien. (anunciando.) — ¡Damas y caballeros!, su cabaret la "AVISPA" tiene el agrado de presentar a: Carmen la chilena y su maravilloso acto bailable! (aplaude.) ¡Bravo! (a Cristina.) ¡Vamos, aplaude! (Cristina no obedece.) ¡Aplaudite digo! (Cristina aplaude.) — ¡Con más fuerza!, ¡que San Pedro se mueva de la silla! (Cristina aplaude y se sobrepasa.) — ¡Ya basta! (Se acerca y le mira las ropas.) Tenés que ser sensual, y con esa ropa no vas a conseguir nada. (se asoma por uno de los lados.) ¡¿Qué pasa con esa radio?! (Kalimán aparece con la radio.) — ¡Excelente!, la cosa va pá delante. (se acerca a Kalimán y le dice al oído.) — Mi paloma está verde. Teñida con el color de la guerra. La quiero blanca, como el cuerpo de Cristo... (Kalimán hace mutis...) Godínez juega con la radio.) — ¿Alguna emisora en especial?

Cristina.— Prefiero la interferencia.

(Godínez da con una estación. Apenas se escucha la música.)

Capitán Godínez.—Lo siento por usted... Carmen.

Cristina.— (ida.) — Yo conocí a un periodista que trabajó para la radio...

Capitán Godínez.—¿La música le recuerda su pasado? ¿Un amante con boina tal vez? Un mequetrefe con el sentido común narcotizado por el opio. ¿Es eso, mi bailarina?

Cristina.— (vuelve a la realidad.) — ¿Bailarina?

Capitán Godínez.—Para eso pedí por la radio.

Cristina.— Usted se equivoca. Mis piernas ya no bailan. (Ríe a carcajadas.) — Mi lugar pertenece a la morgue. (ida.) — ¡La muerte como solución final a todos los tormentos!, ¡A la orden, mi capitán! Las puertas han sido cerradas. (señala la entrada.) — ¿lo ve?, ¿lo puede ver? ¡Abarco todas las salidas

de la creación! ¡A LA ORDEN, MI CAPITAN!
¡No más luceros en la noche!, ¡no más luna en mis ojos!, ¡Para siempre he dicho NO a la vida!

Capitán Godínez.— ¡Bailá, perra!

Cristina.— ¡NOOO!!!

OSCURIDAD Y FINAL DE CUADRO.

CUADRO III.

ACTO II:

OFICINAS DEL PERIODICO:

AÑO 1980:

I ESCENA:

(David sentado en su escritorio. Aparece Martínez por la puerta.)

Martínez. ¿Y bien, jefe?, ¿qué acontece en el mundo de la noticia? Yo, como quien dice, estoy fuera de foco. Ahora mi mundo es otro. (Se acerca al botellón y se sirve.) Un bufón que va de fiesta en fiesta disparando su cámara... Ahora soy un ser so-
ciable, y el pico lo tengo bien cerrado. ¿Qué le parece? Soy el payaso de la empresa. (ligera pausa. David suelta una risita que termina a carcajadas.)

Martínez.— (alegre.) ¿Hay que reírse?

David.— ¡Claro! ¡Tenés que reír, Martínez! En esta vida hay que reír para vencer el odio. ¡Reír, Martínez! ¡Re-ír!, ¡brindo por eso!

Martínez. El estómago duele después de mucha risa.

David. ¡Claro que duele!, porque la gente no se acostumbra, y cuando lo hace su cuerpo se quebra. Amigo mío, ¿aún tenés el certificado?

Martínez. ¿El certificado?

David. ¿Lo tenés? (Martínez ríe.)

(Martínez saca un papel de su chaqueta.) — Siempre lo llevo conmigo.

David. (lo toma.) — ¡Helo aquí!, un papel cuyo filo cortará cabezas.

Martínez. ¿Y qué me dice del empleo? ¿Nos vamos en la tirada?

David.— ¡Nos vamos en la tirada! ¡Si señor!, vamos a publicarlo. Pasaremos la noticia por debajo de las faldas del emperador. ¡El mar es profundo, camarada!, pero siempre se sale a la luz. Y el aire se respira con sabor a triunfo. ¡Respirá, amigo mío! Vos y yo haremos que la verdad rescite de su lecho clandestino. Por vez primera la tijera del amor no podrá abrir sus cuchillas. Y la verdad, la absoluta franqueza, volará por los aires. Sin tormentas, sin contratiempos. Y la mugre que tenemos en el pecho, se lavará con el sudor de nosotros mismos.

David.— ¡Maldito el canalla usurpador y bienvenido sea este rencor que me fluye por las venas! ¡Maldito para siempre el venenoso manipulador de las palabras! ¿Dios mío?, ¡¿Cuánto hemos pecado?! De que manera el hambre produce mentirosos. ¡Hay que callar! ¡Shht!, callar. Y de pronto se multiplican las ganancias, se robustecen los bolsillos. Y nos hinchamos de grasa y las carnes nos guindan como pedazos, como trozos; como una masa gelatinosa. Y la corbata nos oprime el pescuezo. (se quita la corbata.) Todo se consigue, todo se logra. Siempre y cuando no se deje al descubierto lo que se debe ocultar. Por una vez siquiera, publiquemos la verdad sin mordaza. Parchemos una parte de la herida que nos sangra por dentro.

Martínez.— (jubiloso.) Y Papi la pasará muy mal. Un zapatazo le aplastará la cabeza contra el suelo. Vos y

yo... ¡nos vamos en la tirada! Para mañana la gloria, y ¿después?

David.— (sonríe.) — La cloaca.

Martínez.— Se equivoca. De la cloaca hemos salido.

David.— ¿Quién se interesa en alquilar un periodista honrado? Los que jalan del negocio no vuelven, se evaporan. Buscan un empleo decente y nunca lo encuentran. Y cuando aparece, el brazo de la compañía se estira y nos atrapa. Nos hace polvo. La empresa privada no permite competidores. Yo cuento con facilidades. La puerta no se me cierra. ¿Y qué hay del futuro para vos? Tu nombre pasó a la lista negra. Para vos ya no hay sitio a la par de los grandes, y tu cariño a la profesión es lo que menos les importa. ¡O estás... o no estás!

Martínez.— En la Universidad nunca se nos prepara para la renuncia. Sólo hay una meta. "Poder trabajar con el que más sabe", con el más experimentado. Y con el primer cheque, nuestro código de principios se desmorona. La ética de la escuela no vuelve. Queda prisionera entre las dos tapas del libro.

David.— Y de una vez te lo anticipó. El poder de la comisión no será inmune ante las pruebas, falsas o verdaderas que presente el ministro. Pero se debe provocar el descule para que el pueblo se de cuenta de la imperfección de sus tutores. No pensemos en la victoria...

Martínez.— Pensemos en la supervivencia. (divertido.)

—¿Qué carajos voy a hacer? Ascensorista no se puede. No hay ascensores. Solo en los ministerios. Cloaquero tampoco. El país tiene pocas alcantarillas. ¿Albañil? Un país que construye; un país que se levanta necesita de albañiles. ¿Y traficante de cocaína?

David.— Demasiado fácil. Lo que se busca es una superación en el campo, y no un campo de superación.

¿Abogado?!

Martínez.— Hay demasiados y la clientela no rinde. ¿A quién defenderías?

David.— A otro abogado. ¿Y qué tal periodista?

Martínez.— Esa profesión dejó de existir hace mucho tiempo. (Aparece Ernesto.)

David.— (suspira.) — El aire apesta a complot. ¿Qué maquinaciones se confabulan en esta oficina pacífica, señor Martínez?

(Camina a su escritorio.) Vamos David!, el muchachito te sigue lavando la jupa. ¿Acaso te sentís cobarde? Cristina es una vida y...

David.— ¿Sos un brujo!, ¿cómo lo adivinaste?

Ernesto.— No voy a decir nada. El asunto se publica pero yo me quedo. No he tenido el placer de recibir mejor oferta... (camina un poco por el escenario, y se queda revisando unos folios) — Por cierto Martínez, mi esposa cumple años mañana. Necesita unas fotos de su fiesta...

(Martínez al escuchar eso se arroja con cólera sobre Ernesto y lo muele a golpes).

Martínez.— (Pegando a diestra y siniestra.) — ¡Hijueputa!, ¡Hijueputa!

(David logra sujetar a Martínez del cabello y logra separarlo de la contienda. Al mismo tiempo lo detiene con un fuerte abrazo de oso. Aparece la señorita Gómez atraída por la bulla y se queda mirando desde la puerta. Se encuentra aterrorizada. Ernesto se incorpora del suelo y vuelve a sentarse en su escritorio entre muecas de dolor. Martínez se separa de David y camina como loco al extremo opuesto del escenario.)

David.— (a la señorita Gómez.) — ¿Qué pasa?, ¿se le perdió una espinilla?

(La señorita Gómez cierra la puerta llena de miedo.)

Ernesto.— (Se levanta dolorido del escritorio y saca de su pantalón un par de pastillas que se toma con agua del botellón.) — ¡Me cago en los buenos propósitos!

(David se sienta en su escritorio. Pausa corta.)

Ernesto.— ¿Qué pasa con ustedes?, ¿qué se han creído?, ¿mártires?, ¿ejemplos de una nueva mitología? (Martínez se sienta frente a David y oculta su cabeza entre sus hombros.)

Ernesto.— (Se duele del estómago.) — ¡Mi úlcera!, ¡ese cabrón la dejó...!

Martínez.— (riéndose). —...como saco de mercado.

Ernesto.— (fúrico.) — ¡El muy cara de barro se ríe!

(David se incorpora del escritorio y se toma un vaso del botellón.)

David.— Será mejor que vayás a revisarte. (Se acerca a Ernesto y lo abraza.) Vamos, el niño bonito irá con el papi doctor. (David toma el saco de Ernesto y lo conduce a la puerta. Martínez se queda revisando unos folios para evitar dar la cara.)

Ernesto.— (cerca de la puerta decide retroceder.) — ¿Ir con el papi doctor? ¡Mierda!, prefiero ver el desenlace de la pelea. (Camina a su escritorio y se sienta.) — El asunto es con Hidalgo, señores. No me usen como un chivo.

(David regresa a su escritorio.)

Martínez.— (irritado y nervioso.) — Disculpá Rodríguez!, en serio, ¡disculpá!

Ernesto.— ¿Disculpá? ¡Pura caca, jovencito!, me debés una tanda.

David.— (infantil). — Ahora se dan la mano y asunto olvidado.

(Martínez y Ernesto hacen las paces.)

David.— (afeminado.) — ¿Qué niñas tan obedientes!, ahora le dicen buenas noches a papi y se van a acostar.

(regresa junto al escritorio de David.)

Martínez.— (Tachando errores en un folio.) — ¿Papi?, papi los va a echar a la calle.

David.— (ido.) — Todo se debe a Cristina. Una mujer como pocas. Muy diferente a la esposa del jefe...

(ríe.) ¿Doña Mercedes?

Martínez.— Un ejemplar de la revolución de la píldora.

Ernesto.— Una refinada puta de alta escuela que terminó por encender una epidemia de problemas.

David.— (imita la voz de una damisela.) — ¿Y dígame, señor Martínez? ¿Nunca ha estado enamorado?

Ernesto.— Quién no.

Martínez.— ¿Y qué se siente?

(David redacta una carta en la máquina de escribir.)

Martínez.— Como mariposas en la panza. ¡Son bárbaras!

(para de escribir.) — ¿Quiénes?

David.— ¡Las mujeres!, joden como el mosquito en la noche. ¡Bzzzzz!

(David sigue con la máquina.)

(pausa corta.)

Martínez.— (sobresaltado.) — ¡Limosnero!, en eso radica la solución a tantos males. Los mendigos no pagan impuestos. Vagan por el pavimento durante las noches y no se comprometen a pagar la renta. La cárcel los cobija durante las noches con lluvia. La pobreza no permite los nervios, ni la mano temblorosa. No hay hospital de por medio ni psiquiatras. ¿Quién conoce la diferencia entre la

locura y el estar cuerdo? El pobre sabe de amores y es celoso de sus mujeres. El rico no las disfruta ni les da la oportunidad de pensar. El pobre conoce de amistades que no traicionan. La aristocracia no permite la guerra de sexos.

Martínez. Muchas veces, señores, el socio de la empresa mete la mano entre los miembros del cónyuge y uno se da cuenta y sólo se caga de risa. ¡La empresa es lo importante! (pausa corta). — ¡La mujer condesa!, ¡la mujer duquesa!, solo sirven para tener los muslos horizontales en espera del intruso. No tenemos de donde escoger.

Ernesto.— (ríe). — ¡Se chifló!

Martínez. A pocos metros más arriba, el pavo jugoso se corta, y los platos circulan por la mesa. Conozco muy bien los corazones que tienen forma de alcancía. Y puedo marcar la diferencia entre un político de buena talla y la de un cavernario. A un periodista de un topo. Porque el topo lo hace todo bajo tierra.

Ernesto. ¡Cinco cervezas al mejor monólogo!
(David termina de redactar la carta.)

David.— Tal vez la culpa de todo la tiene Cristina. Y me siento hermosamente culpable. ¿Y vos, Ernesto? (Hidalgo aparece con un folio bajo el brazo. Se hace un silencio mortal.)

ESCENA III :

Hidalgo.— (revisando los folios). — Tenemos trabajo, Castrejón. El señor presidente ha convocado a su gabinete a una sesión de autocrítica en un centro vacacional en Guanacaste. Mande corresponsales e infórmese.

David.— ¿Autocrítica del gobierno?

Ernesto.— Los muy pelotudos se han vuelto marxistas. (pequeña pausa. Hidalgo se dirige a Martínez.)

Hidalgo.— ¿Qué pasa con usted, Martínez? ¿Visitando las viejas amistades?

Martínez.— Sentí nostalgia por aquellos tiempos en que era periodista, y aquí me ve.

Ernesto.— (nervioso). — ¡Calla, Satanás!

Hidalgo.— (sarcástico). — Sigue siendo periodista.

Martínez.— Prefiero trabajar en una fotonovela. Es más interesante y uno por lo menos se echa el rollo.

Hidalgo.— Muchos quisieran trabajar en lo suyo.

Martínez.— ¡Oh!, ¡sí, claro!, algún sátiro sexomaníaco que sufre de pasión por las quinceañeras.

Hidalgo.— ¿Y por qué no? A los quince años se abren todas las puertas.

Martínez.— Y a los treinta se cierran otras...

Ernesto.— ¡Calla satanás!

Hidalgo.— A los treinta la vida comienza...

Martínez.— Para unos. Para mi no. (pequeña pausa.)

Hidalgo.— (evitando choques). — ¡Vamos, David! Mové a la gente. Quiero saber qué chismes salen a flote en Guanacaste.

David.— Tal vez de aquí a mañana se nos aplique un nuevo impuesto. ¡El impuesto a la CARNE! Y tal de aquí a una semana, la primera e histórica huelga de putas.

Hidalgo.— Es nuestro gobierno, a pesar de sus males.

David.— ¡Es el gobierno de ustedes!, ¡No de nosotros!

Hidalgo.— Y nosotros somos ustedes. Castrejón dice: ¡Ustedes! ¿Qué mosco te picó? Castrejón dice... (pausa corta. Hidalgo reflexiona.) Tu lengua no permanece limpia. Es un músculo de porquería que se mueve al compás de los engaños. Castrejón dice: ¡Ustedes!, ¿Quién sos ahora...?

David.— Soy el mismo. Con diferente lengua.

Hidalgo.—

¿Se terminó la pólvora? (silencio.) Buena suerte, David. (antes de hacer mutis se detiene.) Vos lo sabés. Durante algún tiempo yo fui como usted es ahora. Un buscador de verdades. Un hombre sin empresa, un héroe anónimo. Los resultados fueron cabrones. Un estómago a punto de quebrarse en pedacitos; un desayuno a base de café, una cena a base de café, y una comida oscilando entre lo decente y lo pinche. Ahora soy fuerte como un nogal. La verdad tiene su precio, y cuando se vende uno se harta de millones. Así se funciona. Durante esos tres años conocí la honradez, y le aseguro que han sido los años más terribles de mi vida. No lleve la cruz en la espalda, Castrejón. Es un tormento angustiante, una pausada tortura que no conoce las dictaduras, y que tal vez sea la peor de todas. La tortura de tener libertad de prensa, y de no poder decir nada al mismo tiempo. Vender el alma al diablo, por no sufrir los temblores del hambre. Aquí tiene trabajo si decide regresar, siempre y cuando se venda. Nos veremos después de su viaje. Se muy bien que no hay razones para su despido. El decir la verdad no figura en el reglamento laboral. Si gusta puede ejecutar una demanda. Posiblemente gane la partida, pero en todo caso su nombre se vuelve público. Y no más oportunidad de trabajo para el futuro. (Hace mutis.)

Ernesto.— Y el corajudo idealista sale en pos de la verdad... ¡Ha subido un demonio del averno para ocupar su lugar en las celestiales habitaciones! ¡San David de los Diarios es el nuevo santo. ¡San David de los Diarios, compañero! (se pasea por la oficina). — ¡¿Lo habéis visto?! Yo lo conozco. Parece una pajilla de lo flaco. Es barbudo y apesta. Fuma colillas y usa un sombrero parchado.

Ernesto.— (A Martínez.) — Un loco anda suelto por la ciudad. Tiene la camisa rota y los dientes amarillos, casi verdes. ¡San David de los Diarios!, ¡Santa Juana de los mataderos! Tiene la boca partida, y los ojos saltones, inyectados...

(David termina de envolver una carta. Se la arroja a Ernesto.)

David.— La llave del bozal, Ernesto. La prueba que justifica al único dueño de su garganta. Vamos a renunciar, Martínez. Será más fácil.

Ernesto.— (frío). — Yo permanezco en la mentira, ¿y vos?, ¿a dónde caminás?, ¿al trabalenguas?

Martínez.— (a David). — ¡Ultima noticia!, Subdirector y empleado...

David.— ¡La primera, Martínez!, ¡La primera!

(Tocan la puerta.)

Ernesto.— Adelante.

(Aparece Carlos con una caja.)

ESCENA IV :

David.— (sorpresa). — ¡Qué sorpresa!, ¡el economista! (Ernesto le hace una seña a Martínez. Los dos hacen mutis.)

ESCENA V :

David.— Le felicito por la victoria.

Carlos.— (le entrega la caja). — Es un lapicero de plata. Le pertenecía...

David.— (se contiene). — Usted lo comparte todo... (pausa corta.) (Carlos camina a la puerta.)

David.— ¡Espere! Necesito saber lo que pasó.

Carlos.— (irónico) ¿Piensa escribir un artículo?

David.— Tal vez... tal vez.